

Partir

Hoy tenemos, hermanos, que dejar el pedazo
de tierra labrantía, que fue nuestro regazo,
donde el padre español plantara los primeros
olivos de Granada,
en los años ligeros
de su vida perfecta.

Ved aquí el olivar y la viña proveya,
y el parral despeinado, y el potrero durmiente
que despiertan cada año con el beso fecundo
de septiembre.

A lo lejos, se empina rumorosa,
camino de los cielos, la alameda
y se estremece la mañana rosa
que en sus brazos se queda.

Aquí está la besana y la manquera
casto papel ardiente pluma fina,
la sazón, la solana y la pradera
y el agua cristalina.

Alumbra en estos campos el amor a la vida,
late una paz de agua temblorosa y alerta,
por la que llevo el alma de par en par abierta,
y parece dormida
cuando va más despierta.

¡Qué dolor más dolor
el de partir!
No hay mas remedio
que abandonar este heredado predio,
esta acequia zagala, esta arboleda,
esta anchurosa soledad querida,
esta dulce niñez de nuestra vida,
que en lágrima se queda.

II

Ved allí el arado, caviloso lebrele
que detrás de la yunta deja su rostro fiel,
desde el día en que abrimos la besana primera
con la herida del surco virginal y sediento,
que colmara de espigas la palma de la era,
en generoso alumbramiento.

Miremos en los días sin tiempo de la infancia
las sencillas faenas de logros sementales.
¡Qué olor a campo arado,
qué hacendosa fragancia
respiran los sembrados!

En la mañana toda sonrisa de cristales,
se empinaban los álamos como niños curiosos
para ver tras los cerros el brote de la aurora
y escuchar luego el grito de luz que la desflora.

En el alumbramiento,
los árboles cantaban de la mano del viento,
y una santa premura de vivir conmovía
los valles solariegos en la azul serranía.

Bajo el galpón dormitan la oscura segadora resonante,
el avaro rastrillo con uñas de diamante,
la azada matinal y la pala afanosa...
Eran las herramientas de aquel padre labriego
que al morir parecía decirnos: "hasta luego",
tal era su esperanza de eternidad dichosa.

La madre se ha dormido, también, como una espiga
sobre la tierra blanda del otoño profundo.
(Sin ella no tiene eco para el dolor el mundo,
ni habrá quién dé reposo a mi fatiga).

Contemplo a nuestra madre con su ir y venir,
amparo del ayer,
fuerza del porvenir,
resplandor del hogar,
afán para vivir.

Nuestro padre las glebas nutricias laboraba;
ella junto a la cuna presentía y cantaba,
que era uno el trabajo y el otro la armonía,
y estaban tan unidos como la noche al día.
Miremos por última vez, y de camino,
esta casa labriega y este campo argentino,
que nos duele dejar;
avivemos la llama de nuestro viejo hogar;
recordemos sus noches de lecturas paternas
que han dejado en el alma calidades eternas.

Aún escucho al tremendo Don Alonso Quijano
que delira y aboga por todo bien humano;
al sabroso Gonzalo de Berceo, prístino,
que premiaba su verso con un vaso de vino.

Aún nos hace felices la fabla secular,
con su dulce sentido de creer y crear.
Es todo nuestro haber,
¡para qué más!

III

Cual este sonoro carolino,
donde descansa el viento peregrino
y la tarde sensible se demora a soñar,
era el deshecho hogar.

Las ramas son iguales al nacer, pero luego
van siguiendo su ritmo solitario y preciso;
cada gajo levanta la ansiedad de su ruego
para que el sol dé rumbos a su pecho indeciso
como al agua da rutas el azadón labriego.

Así vamos haciendo nuestro propio destino,
al irse separando del tronco nuestra rama.
Yo no sé si los vientos o el fuego habrán de asirnos;
sólo sé que en la hora triste del despedirnos
cada cual ve su mundo con la luz de su llama.

Bajo el cielo que todos los presagios fecunda,
el horizonte tiene las ventanas abiertas;
cada rama es un ala para volar tendida.
¡Tomemos un puñado de esta tierra profunda
y nos demos, hermanos, al viento de la vida...!